

---

**Un reparto más justo del planeta,**  
Paula Casal, Thomas Pogge y Hillel Steiner 183  
*Clara Senent Alonso*

---

**En bruto. Una reivindicación del materialismo histórico,**  
César Rendueles 184  
*Salvador López Arnal*

---

**La vía de la simplicidad. Hacia un mundo sostenible  
y justo,**  
Ted Trainer 186  
*Luis González Reyes*

---

**La inapropiabilidad de la tierra. Principio de  
una refundación filosófica frente a los desafíos de  
nuestro tiempo,**  
Yves Charles Zarka 188  
*Silvia Arcos Amador y María Isabel Gallego Galán*

---



## UN REPARTO MÁS JUSTO DEL PLANETA

Paula Casal, Thomas Pogge y  
Hillel Steiner

Editorial Trotta, Madrid, 2016

136 págs.

Hoy en día, uno de los grandes retos a los que nos enfrentamos como humanidad es la gravedad de la pobreza mundial. Los nadies<sup>1</sup> del mundo, sumidos en la pobreza y sin medios para revertir su situación, presentan una afectación a todos los niveles, viéndose más expuestos a los peligros derivados de la seguridad alimentaria, el cambio climático, las catástrofes naturales o el agotamiento de los recursos. A esto se suma su escasa, por no decir nula, representación en la toma de decisiones, hecho que invisibiliza sus reivindicaciones y complica notablemente la posibilidad de alcanzar acuerdos para reducir su vulnerabilidad. Existe en contraposición una élite mundial que abiertamente acumula más recursos de lo que le corresponde por derecho. Según el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) «solo tres personas en el mundo [Bill Gates, Walton de WalMart y Warren Buffet] tienen activos que superan el PIB combinado de los 48 países más pobres con 550 millones de habitantes» (p. 69).

¿Qué pasaría si se encontrara una herramienta que sirviera como mecanismo redistributivo para acabar con la pobreza mundial y frenar el cambio climático?

Lo interesante de *Un reparto más justo para el planeta* es que aporta propuestas al debate, haciendo frente al sentir compartido que reivindica que se realizan buenos y precisos diagnósticos críticos sobre los problemas de las sociedades, pero que escasean las propuestas para combatir las estructuras establecidas y construir un nuevo paradigma. El presente trabajo responde a esta necesaria demanda al proponer soluciones basadas en mecanismos redistributivos

destinados a favorecer un sistema más justo.

Partiendo de la premisa de que la pobreza está estrechamente vinculada a la distribución desigual y la falta de acceso a los recursos, una posible solución, tal y como nos invitan a reflexionar los autores, se basa en gravar estos recursos naturales bajo la argumentación de la corriente filosófica egoísta que defiende «el derecho de todos los seres humanos a los recursos naturales del planeta. Los recursos naturales no son el fruto del trabajo de ningún ser humano, ni el regalo de los dioses a un rey. Son recursos limitados y esenciales para la supervivencia y todos los seres humanos tenemos el mismo derecho a ellos» (p.20). Al definirse la Tierra y los recursos propiedad de todos los seres humanos por igual, la condición lockeana defiende que la apropiación solo puede llevarse a cabo «si se deja “bastante e igual de bueno para los demás”, o si a los demás se los compensa adecuadamente por excluirlos del uso o la posesión del recurso apropiado» (p.18).

Medidas de estas características, a la vez que se dirigen a combatir la pobreza y las injusticias, se plantean como herramientas desincentivadoras de la sobreexplotación y la contaminación. No debemos olvidar que el respeto y el cuidado del ecosistema terrestre está directamente relacionado con el bienestar, nuestra supervivencia en el planeta y la disminución de la inequidad.

Thomas Pogge, Hillel Steiner y Paula Casal, mediante un razonamiento filosófico-político, comparten propuestas teóricas de carácter transformador en forma de impuestos o tasas de aplicación global sobre los recursos naturales.

Thomas Pogge, en su propuesta de un Dividendo sobre los recursos naturales, plantea un impuesto que grava el uso de los mismos: «Los ingresos procedentes del Dividendo deben ser usados para asegurar que todos los seres humanos puedan satisfacer sus necesidades básicas con dignidad» (p. 25). El Dividendo se plantea como una apelación al deber negativo de no interferir frente al deber positivo de actuar.

<sup>1</sup> En referencia al poema “Los nadies”, de Eduardo Galeano en *El libro de los abrazos*, Siglo XXI España Eds., Madrid, 1989.

Por otra parte, Hillel Steiner considera necesario un acuerdo global, al que denomina «fondo Global», que administre la distribución de los recursos naturales y que reparta por igual a todos los seres humanos sus beneficios. Su propuesta está basada en la teoría de los derechos individuales: «todos los individuos tienen los mismos derechos fundamentales; para que una persona pueda apropiarse de una porción del mundo natural mayor de la que le corresponde ha de compensar al resto por el valor de los recursos de los que se ha sobreapropiado» (p. 68). La propuesta se construye sobre la idea de gravar el valor de mercado de la totalidad los recursos no transformados en todos los emplazamientos territoriales (p.68).

En tercer lugar, Paula Casal, analizando los planteamientos anteriores, desarrolla una propuesta intermedia a la que denomina «participación». Casal estructura su teoría en base a las diferencias de tres aspectos definitorios de las teorías anteriores: i) el hecho imponible, que en el caso de la «participación» pretende gravar tanto el uso como la propiedad, ii) el tipo impositivo, que defiende que sea de tipo progresivo, y, por último, iii) la distribución de ingresos que estaría basada en su opinión en un principio de prioridad.

Estos tres autores no han sido los primeros ni los únicos en plantear como herramienta transformadora un impuesto global destinado a paliar las desigualdades existentes. La tasa defendida por James Tobin, economista estadounidense, se basa en un impuesto sobre las transferencias financieras con el objetivo de aumentar la estabilidad en este sector y generar ingresos para poner fin a la pobreza. El filósofo Peter Singer planteó un impuesto de carácter voluntario sobre la renta para los más ricos con el objetivo de redistribuir, bajo el principio utilitarista, los fondos obtenidos. El físico y climatólogo James Hansen propone con urgencia un impuesto al carbono que atienda a dos objetivos: estimular la conservación del planeta y presionar a los más ricos y más contaminantes, y en donde el total de los dividendos retorne a la

población. Más de actualidad es la propuesta de Thomas Piketty, quien defiende un impuesto global y progresivo sobre el patrimonio a nivel mundial.

La realidad de un mundo donde no deja de crecer la desigualdad, la concentración de riqueza y las consecuencias catastróficas de los efectos del cambio climático hace de este recopilatorio de ensayos, estructurado a modo de conversación, un libro necesario y estimulante. Tratada con atención, esta lectura se presenta adecuada para un amplio público gracias a detalles como el glosario que lo antecede ¿que clarifica términos específicos del derecho, la filosofía política y la economía?; y el propio hilo conductor de los artículos, al establecerse un intercambio de opiniones entre los autores que da como resultado una evolución de las posiciones iniciales haciendo de este trabajo una obra dinámica y viva.

*Clara Senent Alonso*

Máster de Globalización y Desarrollo  
(UPV/EHU y Hegoa)

## EN BRUTO. UNA REIVINDICACIÓN DEL MATERIALISMO HISTÓRICO

César Rendueles

Los Libros de la Catarata, Madrid, 2016

126 págs.

Este libro, sugiere el autor, puede ser entendido ¿no sostiene que deba serlo? como un ajuste de cuentas con tres convicciones contradictorias: su desconfianza en la capacidad científica de las ciencias sociales en general (no estrictamente del materialismo histórico), su convicción de la imperiosa necesidad de estas disciplinas (cuando mejor sean, mejor entenderemos) y su reconocimiento de la potencia, intelectual y política, del materialismo histórico. No es poca cosa. Rendueles lleva peleándose con ese rompecabezas, según él mismo explica, nada menos que más de quince años y en contextos

distintos: desde su tesis doctoral «a varios trabajos de divulgación sobre la obra de Marx pasando por artículos espantosamente técnicos» (estos últimos que, ciertamente, son algo técnicos en absoluto son un espanto; palabra de lector crítico que no engaña).

Para resolver ese rompecabezas ha estructurado el libro que brevemente comentamos en cinco capítulos y un epílogo (puede leerse un resumen del propio autor de los contenidos en las páginas 11 y 12). Son los siguientes. 1. ¿Todos somos materialistas? La persistencia del idealismo. 2. Idealismo y materialismo en las ciencias sociales. 3. Las explicaciones materialistas. 4. Las bases materiales del capitalismo histórico. 5. El materialismo entre la historia y la política. Epílogo: hacia una profundización naturalista del materialismo histórico.

¿Es *En bruto* un libro adecuado para lectores que busquen una introducción básica, tipo manual (que en absoluto crítico), al materialismo histórico? No, no lo es. ¿Lo es para lectores que buscan una interpretación de la teoría desde una de las perspectivas clásicas asentadas y más o menos ortodoxas? No, tampoco. ¿Es libro para aquellos que buscan una nueva versión del libro de Cohen (esencial en opinión de Rendueles, sin que ello signifique ausencia de críticas que pueden verse en las páginas 35-36)? La respuesta sigue siendo negativa. ¿Para quiénes, entonces, está pensado *En bruto*? Probablemente para todos aquellos lectores puestos ya un poco en el tema y en sus conceptos más básicos que deseen saborear la lectura e interpretación de un filósofo-sociólogo muy informado, que piensa siempre con su propia cabeza y no pierde de vista los problemas de la hora, de nuestra hora (los ejemplos que introduce se agradecen siempre y nunca están de más).

No es casual, por ejemplo, que *En bruto* finalice con esta reflexión, con esta crítica del capitalismo realmente existente. El reconocimiento, señala Rendueles, de que nuestro comportamiento social está «imbricado en alguna clase de estructura antropológica que solo es

maleable hasta cierto punto es también una base sólida para criticar el nihilismo social capitalista» (p. 123). Nuestra propia constitución biológica, prosigue, «nos ancla a rasgos antropológicos duraderos, a una fragilidad característica de nuestra especie que la mercantilización de todas las cosas violenta. Nuestra historia evolutiva nos hace codependientes, incapaces de mercantilizar la totalidad de nuestra vida. Parcialmente altruistas e igualitarios». Conclusión: el capitalismo no solo es políticamente injusto, que lo es sin duda, también es ecológicamente suicida como vamos sabiendo cada día con más urgencias y alarmas, y naturalmente conflictivo con algunas de nuestras características sociobiológicas profundas. Injusticia, suicidio ecológico y antihumanismo, la maldita trinidad capitalista.

Dirán, pensarán u objetarán: pero, ¿esto del materialismo histórico no iba de lucha de clases, de determinaciones en última instancia, de preponderancia de la estructura económica, de plusvalía, de transformación de la realidad social, etc.? Sí, sí, también va de esto. Pero esta línea complementaria de interpretación a la altura de nuestros tiempos que amplía nuestra mirada y nuestra capacidad crítica sobre eso que el propio autor ha llamado «capitalismo canalla» tiene su anclaje en una tradición del marxismo hispánico que merece destacarse. Manuel Sacristán, Francisco Fernández Buey y Jorge Riechmann son algunos de los filósofos y científicos sociales que más han aportado a ella, en la misma senda de César Rendueles.

Un índice analítico y onomástico, incluso un glosario, convendría que acompañasen las nuevas ediciones de este libro que tiene, por otra parte, una sensata y prudente aproximación al debatido tema de la dialéctica (pp. 69-72). Su posición: «Es preciso recuperar el proyecto de la dialéctica aristotélica que, al mismo tiempo, rebaja las expectativas de las ciencias sociales y fundamenta su posibilidad», y una más que equilibrada aproximación a la teoría del valor trabajo: «aunque las aporías de la teoría laboral del valor de Marx son insuperables se ven muy

atenuadas cuando se observan desde la perspectiva del análisis institucional» (p. 91). La economía marxista, para el autor, es deficiente? muy deficiente, escribe? en términos de modelización, pero es, en cambio, muy potente «cuando se le inyecta historicidad».

Una sugerencia de lectura: lean *En bruto* al alimón, en la medida de sus fuerzas, con otro libro, el penúltimo del autor: *Capitalismo canalla. Una historia particular del capitalismo a través de la literatura*. Se entenderá así mejor la necesidad de reivindicar sin acriticismo las tesis, conjeturas y argumentos, incluso los atrevimientos, dudas, perplejidades y modificaciones, de eso que solemos llamar materialismo histórico, una teoría materialista (concepto que Rendueles define de forma más que singular) de la historia que tiene en Marx a uno de sus grandes clásicos, no, por supuesto, a su único creador. Lo mismo que ocurre con otras teorías que aspiran a la máxima racionalidad, sean sociales o no sociales.

Salvador López Arnal

Miembro de CEMS (Centro de Estudios de los Movimientos Sociales) de la UPF

## LA VÍA DE LA SIMPLICIDAD. HACIA UN MUNDO SOSTENIBLE Y JUSTO

Ted Trainer

Editorial Trotta, Madrid, 2017

357 págs.

Este libro es un texto de referencia en el mundo anglosajón sobre las transiciones imprescindibles en el actual momento histórico de crisis múltiples. Tenemos la suerte de que ahora salga traducido al castellano, quedando así mucho más accesible por estas tierras.

Su punto de partida es la constatación de que estamos viviendo un momento de quiebra histórico que va a suponer, que está suponiendo ya, un gran cambio civilizatorio. Esta quiebra

tiene detrás en gran parte el final de la disposición abundante de combustibles fósiles. Desde esta perspectiva, muchas de las ideas que plantea el libro no son de cómo debería ser la articulación social futura, sino de cómo tendrá que ser inevitablemente. Pero esto no implica un futuro determinado, pues dentro de las posibilidades hay distintos tipos de articulaciones. Por ejemplo, el texto plantea que la evolución hacia una economía local es inevitable. Pero esta economía local podrá organizarse de diferentes maneras. Dentro de ese marco de posibles organizaciones, el autor dibuja los caminos para la articulación de sociedades justas, solidarias y sostenibles. Este es un buen punto de partida, porque borra de un plumazo la posibilidad de que exista cualquier tipo de reedición del “Estado del Bienestar” u otras propuestas similares, que siguen presentes en una parte mayoritaria de los movimientos sociales y políticos.

En el análisis de las causas de la situación actual, Ted Trainer hace especial incidencia en el capitalismo. Su análisis muestra adecuadamente las consecuencias predatoras de nuestro sistema socioeconómico. Sin embargo el análisis que aborda tiene algunos puntos que, desde mi punto de vista, no se explican con la suficiente claridad. Uno de estos puntos ciegos sería el papel del mercado. El autor resalta en numerosas ocasiones la importancia de que el mercado esté regulado y sea secundario, pero no termina de mostrar las verdaderas implicaciones de vivir en una sociedad de mercado (y no con mercado). De este modo, en algunas ocasiones el papel que le atribuye al mercado (por ejemplo, repartiendo adecuadamente los recursos) es problemático.

Otro segundo problema es que coloca una carga importante de responsabilidad de la situación actual en la “avaricia ilimitada” de las personas más enriquecidas. En realidad, la existencia de personas avariciosas y competitivas es más bien consecuencia del funcionamiento del sistema, no causa. El capitalismo es un mecanismo automático que obliga a las personas a acumular y competir.

Finalmente, también sería necesario abordar el trabajo asalariado desde una perspectiva crítica, pues no es intercambiable entre distintos sistemas económicos sin más. El trabajo en el capitalismo es un elemento fundamental de su articulación, que debe repensarse en profundidad de cara a articular otras sociedades. Este tema no aparece en la obra y es nodal en la articulación económica.

El libro tiene algunos elementos discutibles en cuanto a la viabilidad de las propuestas que plantea, pero posee la gran virtud de mostrar que, de forma general, son factibles y, sobre todo, muy deseables. *La Vía de la Simplicidad* se articula alrededor de cinco principios que se pueden resumir en: austeridad, comunidades pequeñas y autosuficientes, gobierno participativo local (anarquista), economía social y solidaria, y valores basados en el colectivo.

Entre los elementos más interesantes, puede destacar su potente argumentación de cómo la economía basada en la donación y la reciprocidad genera tejido social. Es más, cómo hace que los estímulos sean positivos, motivando a las personas a cooperar por placer. Tirando de ese mismo hilo, Trainer defiende de manera convincente cómo las prácticas concretas cambian los valores de las personas (más que al revés).

Otro de los aspectos en los que se detiene el libro es en la crítica al Estado, al que no concede ningún papel relevante en la transición. Son críticas duras, fundadas y con ejemplos detrás que deberían entrar en el debate público más allá de lo que lo están, por más que habrá quien las matice (el propio Manuel Casal en el prólogo del libro). Son elementos importantes en el debate estratégico contemporáneo.

Las ideas que, desde mi punto de vista, son más flojas en las propuestas de articulación social que se lanzan tienen en común que el escenario de descenso en la complejidad social que Trainer plantea es relativamente pequeño. Así, considera que será posible sostener un nivel tecnológico equivalente al de los años setenta, con la presencia de ordenadores, e importantes inversiones en educación, arte o

investigación. Creo que un análisis interrelacionado de un importante descenso energético, un probable cambio climático disparado, una disminución drástica en la disponibilidad material, una fortísima relocalización de la economía o un desindustrialización inevitable hacen más que improbable este escenario. Es más factible que no habrá energía suficiente para poder sostener el nivel de complejidad social que propone el libro. Por lo tanto, y en el mismo sentido, no abundará el ocio y, lo que es más probable, la mayoría de la población se tendrá que dedicar a la agricultura. Esto está en contra de lo que afirma el texto.

El autor no solo ha hecho un esfuerzo por analizar la situación actual y proyectar un deseable y posible futuro, sino que también lanza ideas de cómo recorrer el tránsito entre una y otra. En esta transición, la apuesta clara es por una primera fase de la articulación de formas de vida alternativas, muy en la línea de las Ciudades en Transición. Esta articulación solo llegará cuando al grueso de la población no le quede otro remedio. Esto permitiría, sobre todo, crear la base moral que hiciese factible una segunda fase de cambios más sistémicos, que Trainer defiende como imprescindibles. De este modo, la propuesta no cae en la idealización de los cambios en el plano micro, pero muestra su tremenda potencialidad. En resumen, el libro presenta una propuesta estratégica solvente.

Tal vez, los elementos más discutibles de esta estrategia se presenten cuando se entra en el plano del detalle. Por ejemplo, plantea que las circunstancias obligarán a las comunidades a concentrarse en el consenso y el apoyo mutuo. Sostengo que esto es más que una posibilidad improbable, que es algo que se verá acrecentado en los nuevos escenarios, pero no será inevitable. Es más, la violencia, posibilidad sobre la que la propuesta pasa excesivamente de puntillas, podría dar al traste con estas potencialidades. Su apuesta por la no-violencia como método es fuerte, pero en ocasiones puede parecer algo inocente en los tiempos por venir. Probablemente, esta no-violencia tenga que ser

matizada con distintos grises, como hace el zapatismo en la práctica.

Como comentario final, más bien anecdótico, el autor carga contra casi cualquier propuesta que se está realizando y articulando en respuesta a la crisis civilizatoria calificándolas de valiosas, pero incompletas. A tenor de lo expresado en el libro, desde mi punto de vista, el debate (y las prácticas) en España están más evolucionados de lo que lo están en el mundo anglosajón. Igual en este aspecto podemos alegrarnos en estas tierras de tener personas y organizaciones que, a pesar de ser minoritarias, están haciendo un buen trabajo.

*Luis González Reyes*  
Miembro de FUHEM y  
de Ecologistas en Acción

### LA INAPROPIABILIDAD DE LA TIERRA. PRINCIPIO DE UNA REFUNDACIÓN FILOSÓFICA FRENTE A LOS DESAFÍOS DE NUESTRO TIEMPO

Yves Charles Zarka

Ned Ediciones, Barcelona 2016

93 páginas

Yves Charles Zarka, nacido en Túnez en 1950, es filósofo y profesor de filosofía política en la Universidad París-Descartes, donde además dirige desde 2006 PHILÉPOL, un equipo de investigación que se centra en la confluencia de la filosofía contemporánea y la epistemología de las ciencias sociales y políticas. También cabe destacar su labor como editor en PUF (Presses Universitaires de France), donde dirige cuatro colecciones relacionadas con la filosofía y el análisis histórico-político; asimismo, dirige la revista *Cités*, que él mismo creó en el año 2000, dedicada a indagar desde un punto de vista filo-

sófico las transformaciones de las sociedades actuales.

Si bien buena parte de su trayectoria intelectual ha estado consagrada a la historia del pensamiento político —en obras como *Hobbes y el pensamiento político moderno* (1995), traducida al castellano en 1997 en ed. Herder—, desde comienzos de siglo sus investigaciones se orientan sobre todo en la dirección de la filosofía política contemporánea, así como al estudio de las mutaciones de la política y la sociedad contemporáneas y a las implicaciones filosóficas de las ciencias medioambientales. Es precisamente en este último dominio donde se encuadra su reciente publicación, *La inapropiabilidad de la Tierra*, de la que aquí nos ocupamos.

El principal objetivo que plantea Zarka en este ensayo es doble: por una parte, encontrar un principio filosófico que pueda fundamentar un cambio en nuestra relación con el mundo vivo y la naturaleza en general y, por otra, aportar las directrices de una refundación filosófica guiada por ese principio ante lo que él denomina la tragedia de nuestro tiempo. Esta encuentra sus raíces en el hecho de que el vínculo que liga a los seres humanos con la Tierra ha estado desde que se recuerda regido por la lógica de la apropiación, que bajo el presupuesto de que la Tierra pertenece a la especie humana, se propaga desde la forma básica de la propiedad y sin encontrar obstáculo alguno hasta colonizarlo todo. «La apropiación es la forma legalizada de la depredación» (p.16).

No obstante, nuestra época se ve marcada por una terrible especificidad que agudiza la tragedia, y radicaliza al máximo la apropiación, y es que, si bien los efectos de la actividad humana han sido durante siglos si no completamente inocuos, si superficiales, en nuestros días se ha impuesto una forma de apropiación que compromete especialmente el destino del planeta, y con él también el de la especie humana: la sobreexplotación. El progreso de la técnica y sus aplicaciones industriales, intensificadas desde la era moderna, han desembocado en una modificación fundamental de nuestro vínculo



lo con la Tierra y, con ella, en la producción de una serie de cambios (medioambientales, por ejemplo) que son globales en tanto en cuanto afectan a todas las dimensiones de la existencia humana, y cuyo devenir escapa a nuestras capacidades cognoscitivas, aun cuando esos cambios tengan una evidente impronta humana.

El que la sobreexplotación se haya convertido en el modelo rector de nuestra relación con la Tierra no es para Zarka algo de lo que hayamos de culpar a la subjetividad moderna: este sería un gesto demasiado abstracto que dejaría a la filosofía con poco que decir y, sobre todo, hacer frente a la tesis que nos sitúa la lógica de la apropiación. El diagnóstico del autor francés apunta más bien a la «voluntad» de ese amo anónimo que es el modo de producción capitalista (p. 40). No obstante, la crítica de Zarka no se dirige tanto a las desigualdades socioeconómicas que este genera, sino más bien a cómo la propia lógica del sistema capitalista arrastra a los seres humanos en su conjunto, con independencia de cuál sea su posición en las relaciones de producción, a ser partícipes de la sobreexplotación. En última instancia, la sobreexplotación no es sino el efecto más sobrecogedor de un sistema capitalista que con la mirada siempre fija en la persecución ilimitada de beneficios se halla hoy en día universalizado y que impregna la existencia humana en su totalidad, aproximándonos a un punto sin retorno a partir del cual presumiblemente no tendríamos ya la capacidad de ser sujetos de nuestra propia historia.

La originalidad y la fuerza de este libro, sin embargo, no yacen en el diagnóstico que lleva a cabo su autor, y es que a pesar del inmovilismo generalizado y de que apenas si hay rastro de estas cuestiones en las agendas políticas y en los debates parlamentarios, existe un cierto grado de conciencia relativamente extendido, aunque por lo general no sea del todo explícito ni esté a la altura de la gravedad del problema, acerca de las nocivas implicaciones que tiene este vínculo con el planeta. Es más bien su propuesta y, también, el lugar desde el que se enun-

cia, lo que resulta novedoso y lo hace merecedor de atención. Más allá de la simple lucidez acerca del estado de la cuestión que pueda sustentar las diversas formas de resistencia a esta lógica de la apropiación, Zarka ve en la filosofía la única vía que puede conducirnos a superar la insuficiencia inherente a cualquier propuesta alternativa que no preste atención a cuál sea su fundamento. Es por ello que el autor se propone encontrar un principio que justifique las acciones individuales y colectivas que se deben llevar a cabo para sustituir el modo en que nos relacionamos con el planeta por una alternativa no basada en la lógica de apropiación. Este principio no es otro que el de la inapropiabilidad de la Tierra; principio que, en efecto, debe ser filosófico y también cosmopolita.

En este sentido, el autor se sirve del descubrimiento por parte de Husserl de una dimensión primordial u originaria de la Tierra como Tierra-suelo según la cual la Tierra ha de ser vista como la condición de posibilidad de toda forma de experiencia (p. 42). No obstante, Zarka pretende superar la perspectiva egológica de Husserl acudiendo, como hace Lévinas, a una dimensión preoriginaria de nuestro ser en el mundo, que sin embargo no debería pensarse como mera responsabilidad hacia un prójimo que es humano y concreto, tal como proponía el filósofo de origen lituano, sino hacerse extensiva al conjunto de la humanidad, tanto presente como futura, e incluso a la totalidad del mundo vivo (p. 44-47).

De este vínculo preoriginario del ser humano con la Tierra-suelo, que revela nuestra pertenencia a la comunidad de lo vivo, se deriva una responsabilidad que según Zarka no es solo moral sino también jurídica (p. 48, p. 51), y lo es desde una perspectiva cosmopolita en la medida en que ha de servir de base a un Derecho que gozaría de prioridad respecto a los órdenes jurídicos estatales, esto es, un Derecho cosmopolita capaz de responder al gran desafío que nos plantean los cambios globales. Las normas de este Derecho cosmopolita tienen como finalidad última la preservación de la Tierra-suelo en

tanto en cuanto el vínculo preoriginario que pone de manifiesto la inapropiabilidad de la Tierra «obliga a pensar la sustitución de una relación de apropiación por una de pertenencia» (p. 50). Es decir, no es la Tierra la que nos pertenece sino nosotros los que pertenecemos a la Tierra. Esto no significa que Zarka denuncie toda forma de propiedad, sino que la apropiación debe estar necesariamente supeditada a dicha preservación del suelo y fundamento de la existencia.

En la segunda parte del libro, el autor emplea el principio de la inapropiabilidad de la Tierra para proporcionar una panorámica de las tareas de una filosofía que esté a la altura de los desafíos planteados por los cambios globales resultantes de la apropiación. Para ello recorre las vías marcadas por los tres usos kantianos de la razón, a saber: la crítica, como análisis de las condiciones de validez de algunas nociones científicas; el uso teórico del entendimiento, como construcción de conceptos adecuados para la comprensión de las transformaciones globales; y el uso práctico, dividido en tres momentos, ética, política y cosmopolitismo, entre los cuales privilegia el último de ellos por tratarse, por una parte, de un nivel que regula los otros (es metapolítico), del mismo modo que es considerado por Zarka el más fecundo para aportar soluciones realizables ante la gran prueba en que nos sitúa la situación actual.

Quizá la mayor originalidad de la propuesta de Zarka radica en que otorga a la filosofía el papel principal: la sitúa en primera línea de batalla en lugar de relegarla a la retaguardia de los estudios a posteriori, dentro de una propuesta que no solo piensa e interpreta los cambios globales del presente, sino que trata de lograr un cambio efectivo en el modo de realizar las cosas, repensando el vínculo primario que conecta a los seres humanos como integrantes de una comunidad que habita la Tierra-suelo, siendo además la única especie capaz de detentar la responsabilidad de las acciones ejercidas sobre ella. No obstante, tal vez sea aquí donde se muestre la mayor dosis de ingenuidad,

pues no deja de parecer utópico pretender aplicar un programa construido sobre la base de un principio filosófico, que supere la mera teoriedad para insertarse como propuesta práctica de cambio en el mundo, dada la escasa relevancia que hoy en día se otorga al papel de la filosofía, y no solo eso, sino ya teniendo en cuenta el papel habitual que se ha otorgado a la filosofía a lo largo de la historia. No hay más que atender a la célebre visión que se ha tenido de la filosofía como “la lechuza de Minerva que solo al anochecer emprende su vuelo” para ver lo novedoso, e incluso arriesgado, de este planteamiento, que, por otra parte, responde a un problema acuciante de la humanidad para el que de momento no hemos encontrado una solución.

*Silvia Arcos Amador y  
María Isabel Gallego Galán*  
Universidad Autónoma de Madrid